



AGARRADO A UN CLAVO ARDIENDO

Paco Titos

AGARRADO A UN CLAVO ARDIENDO



Primera edición: junio de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Paco Titos

ISBN: 979-13-88195-88-4

ISBN digital: 979-13-88195-89-1

Depósito legal: M-15923-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Nota del autor

La mayoría de los personajes de esta novela están basados en personas que existen en la vida real, aunque para nada forman parte de esta trama.

Todas las localidades y lugares mencionados en esta obra son reales, aunque algunas localizaciones concretas son ficción.

Dedicada a mi hija Edurne, pues ella le dio el empujón final a esta obra.

Parte 1

Años 1994-2000

Capítulo 1

Mi nombre es Raúl. Soy de Albacete. Allí nací en 1976. Ahora, por circunstancias de la vida, que aquí quiero narrar, vivo en Cantabria. Quiero aprovechar el parón que me ha dado mi vertiginosa vida a través de una baja laboral tras un infortunado accidente para contar una anécdota. La anécdota, a decir verdad, abarca casi toda mi vida.

Tal vez mi vida sea como la de cualquier otro ser humano, con sus altibajos, con sus alegrías y sus penas, sus luces y sus sombras... Pero me apetece relajarme un rato y, mientras escribo, reflexionar. Sí: reflexionar, que es algo que he hecho muy poco en esta vida. Y eso que... alguna vez tuve años para hacerlo.

Empezaré contando que mi padre era cartero. Ya lleva algunos años jubilado. Albaceteño de toda la vida. Mi madre era de un pueblo de Albacete, aunque se fue a vivir joven a la capital de la provincia. Ella trabajaba en carnicerías y charcuterías de la ciudad siempre que había trabajo, o, también podría decir, cuando nos tenía a mí y a mis dos hermanos ya medio criados.

Eran otros tiempos... Qué duda cabe. Tiempos en los que los críos corríamos libres por las calles y plazas de la ciudad. Yo era más travieso que mis hermanos y tuve por amigos a dos «bandidos»: Carlos y Alberto. Nos dedicábamos a pulsar los botones de los porteros automáticos y salir corriendo. O encendíamos petardos y los metíamos en los buzones de cartas... Hasta que una Navidad nos pilló mi padre haciéndolo. A mí me cogió de mi oreja izquierda y tiró de ella hacia arriba, que yo pensaba que me iba a

arrancar. Me hizo pagarle con mis ahorros a la anciana dueña del buzón los destrozos que el petardo le causó. Once años tenía yo.

Fue una infancia feliz. Mis padres no eran ricos, pero tenían un Renault 12, y con él nos íbamos a Torrevieja todos los veranos. Acabaron comprando un amplio piso allí. En casa teníamos tele en color, teléfono y hasta vídeo VHS. En los cumpleaños y en Navidad teníamos por regalos videojuegos y los juguetes que anunciaban en la tele. No hacía falta más para ser felices.

Pero cuando me tocó hacer la mili las cosas se fueron torciendo, al menos para mí. Yo no quise estudiar. Era buen estudiante, pero no me gustaba estudiar. Tampoco me llamaba la atención ninguna carrera universitaria. Estudié bachiller y luego no quise seguir estudiando. Estuve un año trabajando en una ferretería para ahorrar algo de dinero para cuando me fuese a hacer la mili.

Siempre fui amante de la diversión. Me gustaba salir de marcha con mis amigos a beber cubalibres, fumar y ligar. Y la mili me tocó hacerla en la ciudad de Granada. En los nueve meses que allí estuve me lo pasé genial. Tuve la suerte de irme de Albacete con el carnet de conducir en el bolsillo. Allí, en Granada, fui nombrado chófer del teniente coronel Miranda. Y bueno... Inteligente y astuto, me apunté para conseguir el permiso de conductor de camiones. Lo obtuve y me sirvió, una vez licenciado, para convalidarlo en mi vida civil por uno certificado por la Dirección General de Tráfico.

Pero, como iba contando, mi vida militar fue estupenda. Llevaba y traía a diario al teniente coronel de su casa al cuartel, y luego viceversa. De cuando en cuando tenía que llevarlo a otra ciudad de la misma región militar. Así, alguna vez tuve que ir a Sevilla, a Jaén, a Málaga... Pero siempre era por la mañana; muy rara vez tuve servicio por la tarde. Y, por supuesto, yo estaba exento de hacer guardias o imaginarias. Eso quiere decir que la noche era para descansar... ¡o para salir de marcha!

No visité nunca la Alhambra. En aquellos meses recorrí todas las discotecas de Granada. Dos amigos, Luis, de allí, de Granada, y Miguel, de un pueblo de Jaén, eran mis inseparables compañeros

y amigos. Nos escapábamos del cuartel de cuando en cuando. Con ellos disfruté mucho de las noches de la calle Pedro Antonio de Alarcón. Allí conocí muchas chicas. Algunas eran estudiantes de otras ciudades. Otras eran estudiantes o trabajaban, pero eran de Granada.

Pero en la noche del 12 de noviembre de 1994 todo cambió. Conocí a una chica: Ana. Aquella rubia de ojos azules que bailaba en la pista con una minifalda negra ajustada junto a otra chica me miraba de cuando en cuando, mientras que yo no podía despegar mis ojos de aquella bellísima escena.

Pero fue cuando sonaba el tema *Matador*, de Los Fabulosos Cadillacs, cuando puse el cubalibre sobre el mostrador y me fui a la pista. Empecé a bailar junto a ella. No dejamos de mirarnos todo el rato. Y fue ella quien «abrió fuego»:

—No bailas mal... Al menos... eres divertido.

—No me conoces... —le dije yo a voces para intentar superar los decibelios de la música.

Ella dejó de bailar y me hizo un gesto para que la siguiera. Dejó a su amiga bailando sola en la pista y los dos nos acercamos a la barra. Tenía su refresco (pues ella no bebía alcohol) allí, cerca de mi cubalibre. Se sentó en su taburete y yo agarré otro y mi bebida, y me quedé mirándola; necesitaba que me hablara. Al cabo de un par de minutos me dijo algo... absurdo. O eso pensé yo.

—Yo te conozco. Te he visto en mis sueños... ¡más de una vez!
—me dijo a voces, cerca de mi oído para que pudiese escucharla.

—Pero... ¿Qué me estás contando...? —le dije yo sin saber ni adónde quería llegar ella ni adónde iba yo a ir a parar.

Le dio un último sorbo al refresco de cola que bailaba con el cubito en el vaso y me pidió que saliéramos de allí. Yo me dejé mi cubalibre con apenas un par de sorbos. Le pedí a mi compañero Luis que me lo cuidara y él me hizo un guiño mientras me indicaba con la cabeza a la chica rubia.

Cogimos nuestros abrigos y salimos de allí. La noche era fría. Ella giró a la derecha nada más salir de la discoteca y, a unos cin-

cuenta metros, apoyó su trasero sobre un coche. Yo me acerqué a ella. No sabía ni qué decirle, a pesar de ser yo bastante dicharachero y charlatán. Aquella chica me dejó bloqueado; yo no sabía ni cómo romper el hielo. Por fin, la preciosa chica de los ojos azules me dijo:

—Si crees que has ligado... Pues no. Pero... eso no significa que tú y yo no vayamos a tener una relación. Ten un poco de paciencia.

—A ver... A ver...

—Ana. Ana es mi nombre.

—Pues eso... Ana... ¿Qué pasa contigo...? No entiendo nada. ¿Por qué me miras tanto? Si no te he conquistado, si yo no he ligado esta noche...

—¡Tranquilo...! ¡Tranquilo...! —me interrumpió—. ¡Todo a su tiempo...!

Me callé. Encendí un cigarrillo. Di unos pasos a su izquierda y otros a su derecha, pensando si darme media vuelta y dejar a aquella chalada allí. De hecho, le miré un rato sus preciosos ojos, me di media vuelta y, cuando ya decidí irme, al dar un par de pasos o tres, ella me dijo:

—Yo te he soñado varias veces. No te estoy engañando. Te llamas Raúl y eres de Albacete.

Yo me detuve en seco. Pensé un par de segundos. Me volví hacia ella y le pregunté:

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Mi amigo Luis... o tal vez Miguel?

—No sé quiénes son esos tales amigos tuyos. Pero... ¡no! —Y fue tajante su «no».

—¿De dónde eres, Ana?

—Soy de Albacete, como tú. Pero estoy estudiando aquí, en la Universidad de Granada. Este es mi último año de carrera.

—Entonces... ¿Me conoces de habernos visto en Albacete...? —supuse yo.

—No creo. Yo no salgo mucho de juerga por Albacete. Te lo he dicho: he soñado contigo varias veces. Soy bruja; hago conjuros... y esas cosas. Me gusta la magia blanca.

—¿Sueñas conmigo por las noches...? Pero... ¿estoy vestido...?
—le dije en tono burlesco.

—Bueno... A veces. Hay veces que estás vestido de militar. Otras estás sin ropa, sí. —Sonrió.

No podía creerme que hubiera soñado conmigo sin conocerme. Eso era imposible. Lo que no sabía era adónde se había informado de mí y de mi vida. ¡Alguien tendría que haberla informado, seguro!

—Me caes bien. Eres buen chico —me dijo cuando despegó su trasero del coche y comenzó a caminar a mi lado camino de la puerta de la discoteca—. Nos vamos a ver más veces por aquí en los próximos meses.

Entró en la discoteca, habló algo con su amiga, me dijo «adiós» con la mano y las dos salieron por la puerta.

No volví a verla por allí en lo que restó de 1994. Y puedo decir que aquella muchacha me dejó totalmente chalado, prendado. Era guapa, sí. Pero lo que más me gustaba de ella no era lo físico; había algo en ella que parecía una atracción indescriptible.

Yo les comenté a mis amigos y compañeros de mili, Luis y Miguel, lo que sentía por Ana. También les conté la conversación que tuve con ella; el tema que me dijo ella, que había soñado conmigo antes de conocerme... Miguel, el cual, como ya he mencionado antes, es de pueblo, me dijo:

—En mi pueblo hay una bruja. Yo le preguntaré porque... yo veo cosas en ti... raras.

Yo siempre fui muy escéptico en esos temas, pero no quise ser desagradecido y dejé que Miguel hiciera lo que quisiera.

En Navidad tuve ocho días de permiso y me fui a Albacete. Era el 22 de diciembre. Aquellos días no fueron agradables. El ambiente en mi casa estaba enrarecido: yo vi que la relación entre mis padres y mis hermanos no era la misma hacia mí.

De toda la vida siempre vi una predilección de mi padre hacia mi hermana Laura, dos años menor que yo. Y también vi el favoritismo que mi madre tenía hacia mi hermano Ricardo, cuatro años

menor que yo. Pero lo que estaba contemplando aquella Navidad pasaba la raya roja. Todo lo malo que pasaba en la casa era culpa mía: si quedaban gotitas de orín sobre el rosco del váter, la culpa era mía, como si no hubiera más varones en la casa... Si alguien se dejaba encendida la luz de la cocina o de otra habitación, el único culpable era yo. Y así fue hasta que un día estallé y comencé a discutir con mis padres en el salón. Ellos se vaciaron: me dijeron que no se trataba de que yo fuese discriminado, pero que estaban muy enfadados conmigo porque, siendo mejor estudiante que mis hermanos, había dejado los estudios.

—¡Esa es mi vida...! —les gritaba yo—. ¡Ese es mi problema...! Si no quiero estudiar, ya me buscaré la vida como pueda. Yo no os voy a pedir ni una peseta para comer.

—Pero... ¿tú vas a tener espíritu para buscar trabajo? —me espetaba mi padre—. ¡Tú solo vives de juergas y de discotecas! ¡Si desde que has llegado de Granada todas las noches estás tirado en la calle, juerga tras juerga...! Además... ¿adónde te van a coger para trabajar cuando te vean un pendiente en la oreja? Tus hermanos son de otra manera...

—¡Tal vez yo rinda más en mi trabajo que otro que no lleva pendiente en el lóbulos!

—No te lo discuto... —insistía mi padre—. Pero, para que solicite una empresa tus servicios... tendrás que tener buena presencia, ¿no?

Yo me di media vuelta y comencé a caminar hacia mi dormitorio. Pero antes de salir del salón me di la vuelta y le dije a mi padre:

—¿Me juzgáis solo por mi apariencia física? ¿Me discrimináis solo por ese motivo?

—No. No te confundas —me decía mi padre con el dedo índice en alto y un tono amenazante—. No es discriminación. Es que tu madre y yo estamos viendo que estás últimamente muy activo en la vida de la noche. Y la noche no es buena. Espero que algún día no acabes con drogas o con problemas de justicia... Porque somos tus padres, sí. Pero, en tal caso, no vayas a contar con nosotros.

—¡Ah...! ¿No? —les preguntaba incrédulo.

—No, hijo... No. Te estoy advirtiéndote: «No pases por esa acera; llevo tiempo viendo la teja de aquella casa muy suelta. Si pasas y ese es el momento en el que la teja se acaba de desprenderse totalmente, cae y ella te golpea la cabeza, no vengas para que te cure... Yo ya te lo advertí». Espero que hayas entendido lo que te he querido decir.

—Perfectamente. Ya sé qué padres tengo —les dije mientras que, tan triste como furioso, me encerraba en mi dormitorio.

Al siguiente día regresé a Granada. No esperé ni al día 29 para regresar al cuartel: el día 27 cogí el autobús y regresé a la ciudad de la Alhambra. Aunque dormía en el cuartel y tenía que respetar sus horarios, al estar de permiso salía del cuartel tras el desayuno y regresaba a la hora de la cena. Así conocí un tanto mejor aquella ciudad. Sobre todo, la vi de día...

Y no fue hasta finales de enero de 1995 cuando el azar quiso que una noche coincidiera con Ana. Fue en una discoteca. En realidad, fue ella quien me vio a mí y llamó mi atención. Nos dimos un par de besos en las mejillas y me propuso irnos a hablar a un *pub*, con música ambiental y más tranquilidad, para poder hablar más serenamente. Y así hicimos.

Allí, tranquilos, conversamos. En aquel *pub*, aquella chica que en un principio me resultó un tanto estúpida, aunque fuese guapa, me pareció una muchacha muy interesante. Era inteligente y, aunque yo fuese escéptico en las cosas que decía acerca de la brujería, es cierto que comentaba cosas muy curiosas, que tenían bastante sentido.

Quedamos allí, en aquel *pub*, bastantes noches durante todo el mes de febrero. Más tarde yo fui pidiendo permisos (pernoctas) para pasar la noche en el piso que Ana tenía alquilado junto con otra chica de Almería. Era un ático no muy grande, aunque muy coqueto, en el centro de la ciudad. Las vistas de la Alhambra y de Sierra Nevada eran espectaculares desde sus ventanas y desde la terraza.

Finalmente acabé pidiendo una pernocta definitiva: solo iba al cuartel mientras tuviera servicios, igual que mi amigo Luis. Ahí fue

cuando yo conocí Granada mejor. Por fortuna o por desgracia, era la ciudad en la que me había tocado vivir durante nueve meses. Y también, por suerte o por desgracia, en aquel ático fue donde Ana y yo vivimos, convivimos y nos conocimos bien.

Ana era de una familia un tanto acomodada. Su padre era un militar de alto rango en la base aérea de Los Llanos. Su madre era inspectora de Sanidad. Tenían un caserón grande, con mucho terreno, piscina y hasta gimnasio, en las afueras de Albacete.

Yo estaba muy a gusto en Granada. Aquellos meses los recuerdo incluso con melancolía porque fueron fabulosos. Además de diversión «a mi estilo» (discotecas, *pubs*, etcétera), al lado de Ana mi estancia en aquella ciudad aportó cosas muy positivas en mi vida. Aparte de que no me faltaba sexo, tampoco me faltaba el dinero, porque yo conservaba algo del que ahorré mientras trabajé en la ferretería. Y a Ana, si algo le sobraba, eso era el dinero. Llamaba a sus padres, les pedía cinco mil pesetas, y aquel mismo día tenía cinco veces más la cantidad que ella había pedido.

Ana tenía mucho dinero, aunque no tenía carné de conducir; pero yo sí. Así es que un fin de semana de primavera nos alquilamos un coche, reservamos habitación en un hotel y nos fuimos a Torremolinos. Allí, sentados en la playa, escuchando las olas del mar, yo le pregunté:

—Ana: estamos tan a gusto... Yo estoy viviendo un sueño. Pero... ¿qué va a ser de nosotros? Muy pronto tú acabas tu carrera universitaria. Y yo me licencio. Tenemos que regresar a Albacete. Y... ¿Qué crees tú que va a pasar?

—Tú... tan escéptico de mis temas... ¿me insinúas que te diga lo que va a ocurrir en el futuro?

—No significa que vaya a ocurrir. Pero... ¿y si llevas la razón?

—Seguiremos juntos en Albacete —auguró Ana—. La vida en Albacete no va a ser como aquí, pero prolongaremos esta relación allí.

—Pero... ¿tú crees que nos casaremos... y tendremos hijos...? ¿Crees que nuestra relación será indestructible?

Ana rio y me dijo sin parar de reír:

—Pero ¡qué clásico eres...! —Hizo una pausa mientras miraba el barco que partía desde el puerto de Málaga, mientras dejaba de reír—. No. Nada de eso. Nada es eterno. Lo que ha empezado acabará algún día. Pero... no te traumáticas. Aún queda mucho para eso...

En el trayecto de regreso a Granada, mientras yo conducía, nuestra conversación fue casi nula. Ana, astuta como una serpiente, fue al grano, rompiendo así el hielo:

—Te dije: «No te traumáticas. Aún queda mucho para eso...». ¿Por qué le das tantas vueltas a la cabeza?

—Yo no quiero perder el tiempo contigo.

—Nunca se pierde el tiempo. Todas y cada una de las personas con las que te has relacionado y te vas a relacionar en este mundo te han aportado y te van a aportar algo. De este mundo venimos sin nada. ¡Ni siquiera traemos ropa...! Y sin nada nos iremos. Solo nos llevaremos el recuerdo y la experiencia. ¿Acaso es feo el recuerdo que te has llevado de Torremolinos?

—¿Por qué será que tienes cuarenta experiencias buenas y solo una mala, y la que más destacamos los seres humanos es la mala? —meditaba yo.

—Ese es el problema de casi todo el mundo...

—Te voy a poner un ejemplo —la interrumpí—. Piensa en los dos días que hemos pasado en Torremolinos. Imagina que el sábado por la tarde, cuando más a gusto estábamos, te digo: «Se acabó. Nos vamos a Granada». ¿Tú no dirías: «Por qué, si estamos muy a gusto»?

—Cuando una pareja rompe, ya te digo yo que ellos muy a gusto no están. Al menos uno de los dos. No obstante, creo que le estás dando demasiada importancia a una profecía que... a saber si se va a cumplir o no. Yo he fallado ya algunas; pocas, pero las he fallado.

Llegamos a Granada y allí continuamos nuestra relación hasta finales de junio. Ana acabó sus estudios de farmacia apenas unos

días antes de mi licenciatura. Pero nos quedamos en el piso hasta el mismísimo día 30; a fin de cuentas, se había pagado el alquiler hasta ese mismo día.

Cuando arrastraba mi maleta de ruedas por el suelo en la avenida donde se ubica la estación de autobuses de Granada, miré a la Alhambra. Fue la última vez que la vi. Me fui con mucha tristeza de Granada porque allí viví experiencias, vivencias que nunca más volveré a tener. Pensé en volver a aquella ciudad lo antes posible; a fin de cuentas, no estaba tan lejos de Albacete: somos provincias vecinas... Pero la vida te envuelve en una extraña espiral y, en mi caso, luego te da un puñetazo que te deja fuera de todos tus sueños.